

La necesidad de recordar lo básico

PELLO SALABURU

Se necesita una cultura nueva en nuestra convivencia diaria, una cultura asentada en la memoria, que distinga lo básico, que no se asiente en ideologías, sino en lo que resultan ser los cimientos de nuestra propia convivencia

La organización terrorista ETA ha dejado de matar y de extorsionar. Ya llevamos algunos meses así. Es cierto que la pesada herencia que ha dejado actúa todavía como lastre importante para entender con normalidad unas relaciones que deben estar basadas en la libertad y el respeto mutuo. Pero, aunque ETA no se haya disuelto, nuestra situación es radicalmente distinta ahora, y eso es lo que en definitiva importa. Se ha abierto un tiempo nuevo lleno de ilusión... sobre todo para quienes ya no tienen que mirar hacia atrás ni tienen que agacharse para echar una ojeada a los bajos del coche. Estamos en una coyuntura, por tanto, en la que hay que mover piezas.

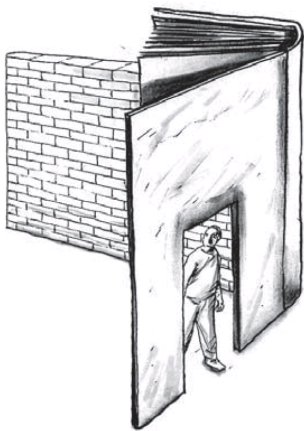
Se trata de piezas que afectan a todos. Quizás es el tema de los presos el que suscita un revuelo un poco mayor y el que se nos recuerda de una forma u otra casi de forma constante. Pero no es el único problema en absoluto, porque ahora, tras tantos años de situación forzada, todos necesitamos esforzarnos en comprender que los valores cívicos deben ser reclamados como el sustento básico de nuestra convivencia diaria.

Sin dar tregua al olvido: hubo sectores que pusieron la ideología por encima de la vida de las personas. Encontraron natural pegar, extorsionar o matar al que pensaba de otro modo. Eso se enseñaba en las familias, se transmitía en algunas escuelas, se admitía como normal con un chiquito en la mano y un cigarrillo en la boca. Se defendió que sería importante socializar el sufrimiento y que sería deseable, dado que aquí no había, por lo que parece, libertad, que todos sufriríamos más, que todos pagásemos las consecuencias del conflicto. Lo señalaban con aplomo en mítines, en periódicos, en las radios, en las entrevistas y en las cenas entre amigos, como si fuese lo más natural. Una generación tras otra se ha educado, en determinados ambientes, en ese clima, ha bebido esas ideas. No les va a resultar fácil respirar libertad ahora. No les va a resultar fácil aceptar que puede haber gente que piensa de forma distinta, y que no pasa nada por ello. Les será extraño descubrir que la razón no está concentrada en unas pocas personas, en unas pocas ideas que siempre están, además y sin discusión posible, de su lado. Les va a sorprender aceptar que no se puede matar por unas ideas. ¡Cuántos sufrimientos inútiles se habrían ahorrado si se hubieran dado cuenta antes de esto! Habría habido menos asesinatos, menos extorsio-

nes y, desde luego, menos gente en las cárceles también.

Ahora es el momento, por tanto, de mover piezas, y de no volver a caer de nuevo en la defensa de nuevas e inmutables verdades. Así lo parecían algunas que han funcionado durante decenas de años hasta que han caído de forma estrepitosa cuando se han apretado las tuercas. Se necesita una cultura nueva en nuestra convivencia diaria. Una cultura asentada en la memoria, que distinga lo básico, que no se asiente en ideologías (quizás esa también sea necesaria, pero por otras razones), sino en lo que resultan ser los cimientos de nuestra propia convivencia. Necesitamos una educación distinta. Una educación que se base en la defensa de los derechos humanos y en la dignidad de la persona por encima de cualquier fin o circunstancia. Eso es lo que se ha olvidado durante demasiados años. Una educación a la que repela la justificación

de la violación de los derechos humanos (el primero es el de la vida), como nos ha sucedido. Eso es algo que el relato de lo sucedido deberá tener muy en cuenta, para evitar que esas justificaciones se asuman como la consecuencia natural de un conflicto que, en esa versión, solo nosotros, miembros de una sociedad opulenta, nos lo hemos inventado. Esta sociedad debe poner en marcha acciones que muestren con claridad nuestra solidaridad con todas las víctimas reales que ese conflicto inventado ha ido dejando por el camino, para distinguir con nitidez la responsabilidad del asesino frente a la desgracia del ase-



:: JOSE IBARROLA

sinado. Nuestro apoyo a las víctimas –allá donde se hayan producido– debe ser total.

Es obligación de todos fomentar valores y actitudes que sustenten una verdadera convivencia democrática y concitar acciones consensuadas para asentar la cultura democrática en nuestra sociedad. Que jamás se repitan estas situaciones tan dolorosas, que nuestros escolares sepan de primera mano lo sucedido. Que se den cuenta que pasó aquí al lado, y que causó un dolor que para muchos no tiene remedio.

Sí, ya sé que esto es demasiado elemental y básico. Pero lo hemos olvidado, y quiero recordarlo aquí, porque justamente esto fue, con palabras y expresiones que he querido copiar, lo que la propia comunidad educativa en su conjunto, con la consejera de Educación y los rectores de las universidades al frente, vinieron a decirnos hace unas semanas. Aquí sigue siendo necesario afirmar lo obvio de vez en cuando, no vaya a ser que nos desistemos.